

CELEBRACIÓN

Por María Belén Giamberardini

Cuando llegué ya estaban todos reunidos. La celebración había comenzado temprano, a diferencia de años anteriores.

Dejé las cosas sobre la cama de mi mamá y me dirigí a la cocina, donde todas las mujeres estaban reunidas. Mientras la tía Edith se afanaba en lavar la lechuga y el tomate, mi mamá guardaba el postre en la heladera. La abuela intentaba convencer a mi primito de que aún no era la hora de abrir los regalos. Todas hablaban a la vez. Lo único que yo quería era que terminara rápido, había trabajado todo el día y estaba cansada.

El asado todavía no estaba listo, iba a tardar al menos una hora más. Me retiré al porche y me senté sobre el escaloncito que separaba el jardín de la casa a ver la gente que pasaba por la calle. Hacía calor.

De repente noté que mi prima había llegado. No la había visto entrar. Me sorprendí mucho porque ella vive lejos, en Bariloche, y yo no sabía que iba a venir.

Ella estaba llorando. Me dijo que su mamá, la tía Raquel, había fallecido. No dejaba de llorar. Corrí a buscar a mamá pero no la encontré. Me desesperé. Papá también se había ido.

Mi prima estaba hablando con mi abuela. Las dos se reían. ¿De qué se reían tanto? Me molestó verlas reír. ¿Era gracioso que la tía Raquel estuviera muerta?

Me acerqué a ellas. Estaba enojada, furiosa. Mi prima me miró con cara de tonta y en seguida volvió a llorar. Me calmé.

Mamá y papá se habían ido, quería darles la noticia pero no podía. Además, el teléfono no funcionaba. De pronto regresaron ¡La tía Raquel estaba con ellos!

Me alegré. Pensé que todo había sido una mala broma de mi prima. Ella y sus bromas...

Caminé hacia donde estaban ellos, sonriendo. Pero pronto comprendí que ni mi mamá ni mi papá habían reparado en la presencia de mi tía. Ella me miró, imperturbable, y siguió su camino hasta el fondo de la casa. Dirigí mi mirada hacia mi prima. Seguía llorando.

Me volví a sentar en el escalón. Estaba muy cansada. De pronto la figura de mi mamá, junto a mí, me sorprendió. "A comer nena", me dijo.

Sentí que me despertaba. Mis ojos aún estaban pesados. Bostecé, me paré y fui junto a ella hasta la mesa. Todos estaban ahí, reían. Mi prima ya se había ido.

Comenzamos con la cena. Todos hablaban al mismo tiempo, como siempre. Entonces, de reojo, la vi. Mi tía Raquel estaba parada en un rincón, impávida, espectral, casi como una aparición.

